

Mi primera Biblia

Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:

Federico Delicado



© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2005
© De las ilustraciones: Federico Delicado, 2005
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2017

ISBN: 978-84-698-2728-4
Depósito legal: M-39349-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren
o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción

Al principio, los antiguos israelitas eran un conjunto de familias nómadas, pastores y mercaderes que recorrían con sus rebaños y sus caravanas el territorio de Canaán, antiguo nombre de la Tierra prometida, o Israel, estrecha franja costera que se extiende desde el río Jordán hasta el mar Mediterráneo. Cada noche, en la soledad de la llanura o al pie de las montañas, se reunían alrededor de las fogatas y contaban historias. Muchas de esas historias ni siquiera les habían ocurrido a ellos. Las habían oído en otros lugares, en Ur o en Harán, y las llevaban consigo como una mercancía, de campamento en campamento y de aldea en aldea.

De cuando en cuando, al contar una historia, el narrador la cambiaba sutilmente. La situaba en otras tierras, añadía un detalle o un personaje, incorporaba a sus abuelos o a sus padres, confundía la sequía o la plaga de langostas que habían sufrido cuarenta años antes con la que había sucedido el año anterior.

Con el tiempo, aquellos nómadas se fueron asentando. Algunos aprendieron a labrar y a cultivar la tierra. Otros, que cambiaban lana y queso por utensilios y adornos, se dedicaron al comercio y se mudaron a las ciudades o formaron aldeas propias. Pero no olvidaban las historias que les habían transmitido y seguían contándolas y ampliándolas. Tanto las ampliaban que al final se incluían en ellas. Era como si, al dejar de ir de un lugar a otro, las historias les hubiesen atrapado.

Luego, hacia la época del rey David, algunas de aquellas historias empezaron a ponerse por escrito. Podríamos pensar que entonces quedaron fijadas para siempre, pero no. Los antiguos israelitas seguían buscando cómo contar mejor unas historias que conocían muy bien, y cada vez que las copiaban introducían modificaciones e intentaban enriquecerlas.

Fue durante el reinado siguiente, el del sabio rey Salomón, cuando aquellos textos dispersos, procedentes de fuentes tan variadas, empezaron a reunirse en un solo libro o, mejor dicho, en un volumen que contenía muchos libros.

Nuevos autores escribieron nuevos textos, que también se ordenaron y se añadieron al volumen principal. En algún momento, muchos siglos después, aquel libro plural comenzó a llamarse la Biblia, palabra de origen griego que significa eso precisamente, los libros, y se propagó por el mundo.

Generación tras generación, los fieles de las tres grandes religiones monoteístas, esto es, las que adoran a un solo dios —el cristianismo, el judaísmo y el islamismo—, se han servido de la Biblia, han citado sus preceptos, la han interpretado, la han traducido a más de mil trescientos idiomas y han basado en ella muchos volúmenes de su prosa, de su poesía y de sus leyes civiles y religiosas. Ningún otro libro ha influido tanto en la historia y en la cultura, sobre todo en Occidente y en Oriente Medio.

La Biblia trata fundamentalmente de Dios y de sus obras, de su amor por nosotros y de nuestra fe en él. Aunque fue escrita para gente sencilla, hoy no resulta un libro de lectura fácil. Está formada por muchas partes: relatos sobre la creación y sobre la larga historia del pueblo judío, poemas de amor y de alabanza a Dios, tratados litúrgicos, profecías, proverbios, parábolas y hasta cartas. Hay, además, una continua repetición de los temas y las tramas principales, que sin duda contribuía al encantamiento de los lectores antiguos y de sus oyentes, pero que hoy desconcierta al profano.

Sin embargo, la Biblia sigue siendo uno de los más hermosos libros de la literatura universal y contiene algunas de las mejores historias jamás contadas: historias inolvidables, unas veces trágicas y otras heroicas, enigmáticas o divertidas.

Esta versión, destinada a los niños, contiene buena parte de esos episodios. Los he elegido por su fuerza o por su ejemplaridad y los he reescrito con un lenguaje claro y sencillo, respetando el ritmo y el sentido poético de los originales. Pueden ser leídos en silencio o en voz alta, como meros relatos heredados de otras épocas o como una primera aproximación a la Biblia auténtica.

Desde las múltiples variaciones de Mark Twain, que durante toda su vida estuvo escribiendo sobre los temas bíblicos de la creación del mundo

y del hombre (Diario de Adán, Diario de Eva, Diario de Matusalén), hasta los cuentos eruditos de Jorge Luis Borges (Tres versiones de Judas, El evangelio según Marcos, El libro de arena), pasando por las cuatro novelas que componen la monumental obra de Thomas Mann, José y sus hermanos, este libro memorable ha servido como fuente continua de inspiración literaria. Otras artes, como la música, la pintura y el cine, han utilizado con frecuencia las historias bíblicas.

Ojalá que esta versión para niños conserve su poder inspirador, y que aquellos relatos que se contaron por primera vez en la tierra de Canaán, hace cuatro mil años o quizá más, sirvan para estimular la imaginación y la creatividad de los lectores jóvenes.

Vicente MUÑOZ PUELLES

ANTIGUO TESTAMENTO



Al principio

Al principio, Dios creó el cielo y la tierra.
Pero la tierra estaba vacía y a oscuras, y también el cielo.
Dios se dio cuenta y dijo:
—¡Que haya luz!
Fue como si una gran lámpara se hubiera encendido. La tierra se iluminó de pronto, y la luz hizo que la oscuridad se alejase.
Al ver aquello, Dios se puso muy contento.
A la luz la llamó día, y a la oscuridad, noche.
Después de aquella primera noche, llegó la mañana.
Se había cumplido el primer día.
Dios contempló su obra y dijo con voz de trueno:
—¡Que el cielo separe las aguas de arriba y las de abajo!
Las aguas de arriba eran las nubes, que transportan la lluvia.
Inmediatamente, el cielo se colocó en su sitio, entre unas aguas y otras.
Dios asintió, satisfecho, porque el universo le obedecía y todo salía como lo había planeado.
Pasó otra noche y llegó otra mañana.
Y así fue el segundo día.



El origen de la vida

Dios exclamó:
—¡Que se junten las aguas de abajo y que aparezca la tierra firme!

Las aguas se juntaron en el mar. Se formaron las olas, y bañaron la orilla de los continentes.

Y Dios pensó que aquello era bueno y hermoso.

Pero la tierra firme aún estaba vacía, y era monótona como un desierto.

—¡Que haya plantas de todas clases! —dijo Dios.

La tierra se pobló de una alfombra de hierba, de flores abundantes y de árboles que daban frutos.

Al ver tanto verdor, Dios se alegró. Así era como debía ser.

Pasó otra noche, llegó la mañana.

Se había acabado el tercer día.

Y dijo Dios:

—¡Que el sol ilumine la mañana y la tarde, y que la luna y las estrellas brillen en la oscuridad, según el ritmo de los días y las estaciones!

Así se hizo. Todos los astros se encendieron a un tiempo, pero el sol dominaba el día, y la luna y las estrellas se veían mejor de noche.

Dios se felicitó por la idea, porque el cielo le gustaba más con aquellos adornos centelleantes.



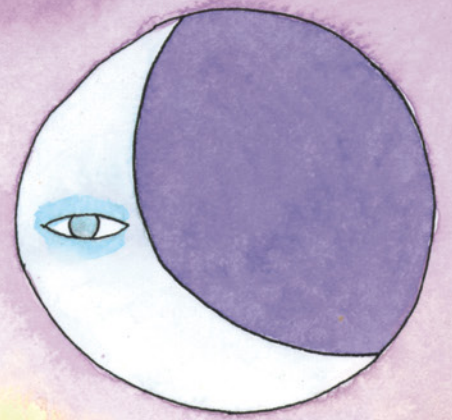
Se hizo de noche y de nuevo llegó la mañana.
El cuarto día había pasado muy rápido.
Pero el cielo y las aguas seguían vacíos.
Dios dijo entonces:
—¡Que haya peces y reptiles en las aguas! ¡Que grandes
ballenas naden sobre las olas! ¡Que aves de todos los colores
surquen el cielo y se multipliquen!

El cielo se pobló de aves con plumas llamativas, y las aguas con peces,
tortugas marinas, focas y grandes ballenas.

Y Dios se congratuló por ello, porque todos los animales que había
creado eran de su agrado, y cada uno tenía su papel en el mundo.

Otra vez se hizo de noche, y amaneció.

Así fue el quinto día.



El origen del hombre

Aún no había criaturas que caminaran sobre la tierra o se arrastrasen por ella.

Y Dios dijo:

—¡Que haya animales terrestres de todo género y especie!

La tierra se pobló de animales de todas las formas y tamaños, que emitían sonidos muy diversos y se movían de distintas maneras. Algunos corrían, saltaban o se subían a los árboles. Otros se movían muy despacio o se enroscaban sobre sí mismos cuando se asustaban, y se quedaban quietos.

El corazón de Dios se llenó de alegría, porque el mundo era ahora mucho más rico y variado.

Pero aún tenía la impresión de que a su obra le faltaba algo. Entonces se dijo:

—¡Haré seres humanos que se parezcan a mí, para que cuiden de la tierra y de todas sus criaturas!

Los creó, pues, a imagen suya. E hizo uno de cada sexo, hombre y mujer.

Luego miró alrededor y juzgó que todo era perfecto.


Pasó una noche, pasó una mañana.

Así acabó el sexto día.

El séptimo lo dedicó a descansar. Lo necesitaba, porque durante los días anteriores había pensado y trabajado mucho.







El jardín de Edén

Cuando Dios acabó de crear el cielo y la tierra, y de poblarlos de plantas y animales, tomó un poco de barro y lo modeló con forma de hombre.

Sopló sobre aquella figura y le dio vida.

La figura tomó aliento, se levantó sobre sus dos piernas y echó a andar.

Las pisadas del hombre hollaron la tierra por vez primera.

Al Oriente, en Edén, había un jardín espléndido, que era el paraíso, con un río de aguas mansas y canales muy hermosos que lo regaban.

El jardín tenía árboles abundantes, que protegían del sol, cobijaban a los pájaros y daban frutos.

Entre aquellos árboles había dos que destacaban sobre todos: el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Dios dejó al primer hombre en el jardín para que viviese en él.

Le puso el nombre de Adán y le advirtió:

—Puedes probar los frutos de todos los árboles de este jardín menos los del árbol de la ciencia del bien y del mal. Si lo haces, morirás.

Adán no se quedó muy impresionado. Como nadie había muerto aún, le costaba imaginar la muerte.



